

TUS
LIBROS

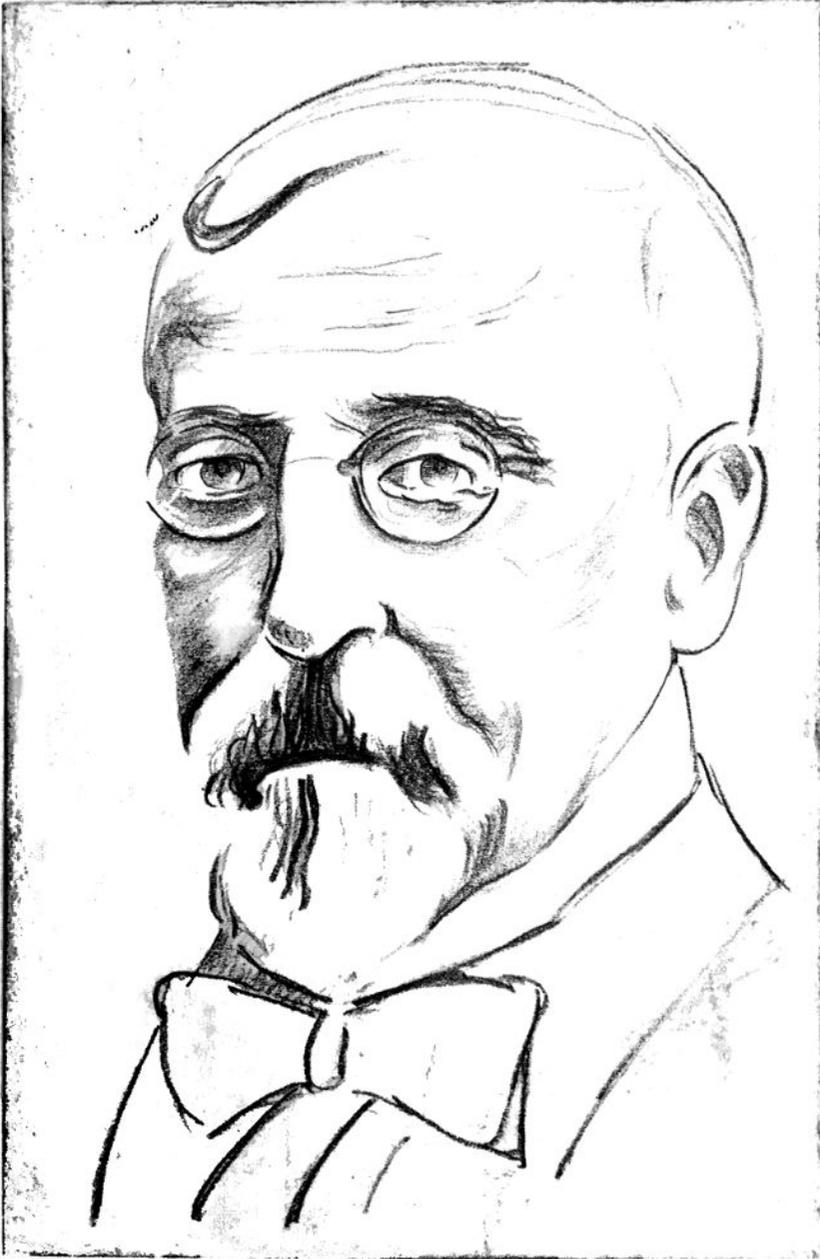


Henryk N. Sienkiewicz

A través del desierto y de la selva



Aunque Sienkiewicz no hubiera escrito *Quo vadis?*, le bastaría esta novela para pasar holgadamente a las historias de la literatura. La línea argumental de la obra está constituida por las aventuras de los niños Stas y Nel, que, raptados por unos fanáticos mahometanos, se ven obligados a cruzar el desierto y la selva, huyendo de sus perseguidores y en busca de su libertad y su familia. El sentido del valor caballeresco del protagonista y una ternura contenida en la forma de narrar laten bajo la trama de estas páginas impecables, cuya frescura, encanto y atractivo el tiempo pasado sobre ellas no ha sido capaz de marchitar.



La presente obra es traducción directa e íntegra del original polaco (prepublicado en las revistas «Kurier Warszawski», «Dziennik, Chicagowsky» y «Dziennik Poznansky», 1910) en forma de libro, Varsovia, Gebethner i Wolff, en 1911.

Las ilustraciones, originales de Szymon Kobylinski, que aparecen en esta edición acompañaron el texto de la edición polaca publicada en Varsovia, Nokladem Państwowego Instytutu Wydawniczego, 1971.

Capítulo I

—Nel, ¿sabes que ayer vinieron los *zabties* (policías) y arrestaron a Fátima, la esposa del vigilante Smain, y a sus tres hijos? Ella venía a veces a la oficina de nuestros padres —dijo Stas Tarkowski a su amiguita inglesa.

La pequeña Nel, que parecía salida de un hermoso cuadro, levantó sus verdes ojos hacia Stas y, mitad sorprendida, mitad temerosa, preguntó:

—¿Se la llevaron a la cárcel?

—No; pero no le permitieron marcharse a Sudán, y vino un funcionario para vigilarla y para que no dé un paso más allá de Port-Said.

—¿Por qué?

Stas, que iba a cumplir catorce años y que quería mucho a su amiga de ocho, aunque la consideraba todavía muy niña, dijo con aire de suficiencia:

—Cuando llegues a mi edad sabrás lo que ocurre, no sólo a lo largo del canal, desde Port-Said hasta Suez, sino en todo Egipto. ¿No has oído nada acerca de Mahdi^[1]?

—He oído decir que es feo y malo.

El muchacho sonrió comprensivo.

—Si es feo, no lo sé. Los sudaneses consideran que es bello. Pero sólo una niña de ocho años, con el vestido así, por encima de las rodillas, puede decir únicamente que es malo un hombre que asesinó a tanta gente.

—Me lo dijo papá, y él lo sabe mejor que nadie.

—Te dije eso porque de otra manera no lo hubieras comprendido. Conmigo se expresaría de otro modo. Mahdi

es peor que una manada de cocodrilos. ¿Entiendes? Vaya expresión: «malo»; así se habla a los bebés.

Pero, al ver el triste semblante de la niña, se calló; y luego dijo:

—¡Nel! Sabes que no quería disgustarte; ya llegará el día en que tú también cumplas catorce años. Puedes estar segura de ello.

—¡Vaya! —exclamó ella, mirándolo con preocupación—. ¿Y si antes viene Madhi a Port-Said y me come?

—Mahdi no es un caníbal y no se come a la gente; sólo mata. Y tampoco va a entrar en Port-Said; además, aunque lo hiciera y quisiera matarte, primero tendría que vérselas conmigo.

Tal afirmación y el silbido con que Stas aspiró el aire por la nariz, cosas que no presagiaban nada bueno para Mahdi, llevaron la paz a la alterada Nel.

—Ya lo sé —dijo ella—. Tú no me abandonarías. Pero, ¿por qué no dejan salir a Fátima de Port-Said?

—Porque Fátima es prima carnal de Mahdi. Su esposo, Smain, dijo al gobierno egipcio en El Cairo que iría al Sudán, donde se encuentra Mahdi, y conseguiría la libertad para todos los europeos que cayeron en sus manos.

—Entonces, ¿Smain es bueno?

—Espera. Nuestros padres, que conocían muy bien a Smain, no tenían ninguna confianza en él y advirtieron al jeque Nubara de que no debía creerlo. Pero el gobierno decidió enviar a Smain y lleva ya medio año con Mahdi. Los rehenes no sólo no han vuelto, sino que se recibió una noticia de Khartum que avisaba de que los mahdistas los tratan cada vez con más crueldad, y de que Smain, una vez en su poder el dinero del gobierno, hizo traición. Se unió a Mahdi y ha sido nombrado emir. La gente cuenta que en esa horrible batalla, en la que cayó el general Hicks^[2], Smain mandaba la artillería de Mahdi y fue él, probablemente, quien enseñó a los mahdistas a usar los cañones, cosa que antes, por ser gente salvaje, no sabían.

Ahora Smain trata de sacar de Egipto a su mujer y a sus hijos. Por eso Fátima, que por lo visto estaba al tanto de todo lo que hacía Smain, quiso marcharse sigilosamente de Port-Said y el gobierno la arrestó junto a los niños.

—¿Y de qué le sirven al gobierno Fátima y sus hijos?

—El gobierno le dirá a Mahdi: «Devuélvenos los rehenes y entonces nosotros te devolveremos a Fátima...»

La conversación se interrumpió unos instantes, porque a Stas le llamaron la atención unos pájaros, que volaban desde Ehtum om Farag hacia el lago de Menzaleh. Lo hacían bastante bajo, y en el transparente aire se veían claramente unos pelícanos con los cuellos echados hacia atrás, moviendo lentamente sus enormes alas. Stas, acto seguido, empezó a imitar su vuelo; así pues, levantó la cabeza y corrió a lo largo del dique agitando sus brazos.

—¡Mira, también pasan flamencos! —gritó Nel de repente.

Stas se detuvo en el acto, porque, efectivamente, tras los pelícanos, pero un poco más alto, se veían suspendidos en el cielo azul, como dos grandes flores de color rosa y púrpura.

—¡Flamencos! ¡Flamencos!

—Al anochecer regresan a sus nidos en los islotes —dijo el muchacho—. ¡Ah!, si tuviera mi rifle.

—¿Por qué ibas a dispararles?

—Las mujeres no entienden de estas cosas. Pero sigamos; quizá podamos ver otros.

Tomó entonces a la niña de la mano y se dirigieron hacia el primer embarcadero del canal, en las afueras de Port-Said. Tras ellos iba la negra Dinah, antigua nodriza de Nel. Caminaban por el terraplén que separaba las aguas del lago de Menzaleh de las del canal, por el que pasaba en ese momento, guiado por el piloto, un gran barco inglés de vapor. Anochecía. El sol aún estaba bastante alto, pero ya se cernía sobre la otra orilla del lago. Sus aguas, algo saladas, empezaban a reflejar brillos dorados y a temblar

con los reflejos de las plumas de un pavo real. En la orilla árabe se extendía, hasta donde llegaba la vista, un desierto arenoso, descolorido, sórdido, amenazador y muerto. Entre el cielo vidrioso, como sin vida, y el infinito de las arrugadas arenas no había ni una huella de un ser vivo. Sin embargo, en el canal bullía la vida; iban y venían las barcas; se oían las sirenas de los barcos de vapor, y sobre el Menzaleh brillaban al sol las bandadas de gaviotas y de patos silvestres. Pero allí, en la orilla árabe, parecía reinar la muerte. Sólo a medida que el sol al ponerse se hacía cada vez más rojo, las arenas empezaban a tornarse de color lila, idéntico al que adoptan en el otoño los brezos de los bosques polacos.

Cuando iban hacia el embarcadero, los niños vieron algunos flamencos más, por lo que se les iluminaron los ojos; luego, Dinah decidió que Nel tenía que regresar a casa. En Egipto, aunque los días son muy calurosos, incluso en invierno, las noches son frías; y como la salud de Nel exigía muchos cuidados, su padre, el señor Rawlison, no permitía que la niña estuviera junto al agua después de anochecer. Volvieron, pues, hacia la ciudad, donde en las afueras, cerca del canal, se levantaba el chalet del señor Rawlison, y justo cuando el sol se hundía en el mar se encontraron bajo techo. Poco después llegó también el ingeniero Tarkowski, el padre de Stas, que estaba invitado a cenar, y todos, incluida la maestra de Nel, una francesa llamada señora Olivier, tomaron asiento a la mesa.

Al señor Rawlison, uno de los directores de la Compañía del Canal de Suez, y al señor Tarkowski, el ingeniero jefe de la misma compañía, los unía desde hacía muchos años una estrecha amistad. Ambos eran viudos; la señora de Tarkowski murió al dar a luz a Stas, hacía más de trece años, y la madre de Nel murió de tuberculosis en Heluan cuando la niña contaba tres años. Ambos viudos vivían en casa vecinas en Port-Said, y por mor de sus ocupaciones se veían a diario. La común desgracia hizo que se aproximaran

aún más y consolidó la amistad nacida anteriormente. El señor Rawlison quería a Stas como a su propio hijo, y el señor Tarkowski hubiera estado presto a arrojarle al fuego por la pequeña Nel. Después de terminar sus trabajos diarios, el descanso más agradable para ellos consistía en charlar sobre los niños, su educación y su futuro. Frecuentemente, durante esas conversaciones el señor Rawlison elogiaba la inteligencia, la energía y la valentía de Stas; y el señor Tarkowski se entusiasmaba hablando de la dulce y angelical carita de Nel. Ambos tenían razón. Stas era un poco altivo y fanfarrón, pero un excelente estudiante, y los profesores del colegio inglés al que iba en Port-Said le atribuían, en efecto, un talento excepcional. En lo que a valentía y habilidad se refiere, eran herencia de su padre, porque el señor Tarkowski poseía esas cualidades en alto grado, y en su mayor parte precisamente a ellas debía su alto puesto. En el año 1863 luchó sin tregua durante once meses. Luego, herido y hecho prisionero, fue condenado y deportado a Siberia; huyó del interior de Rusia y logró pasar al extranjero. Era ya ingeniero diplomado antes de la insurrección, pero dedicó un año más a los estudios hidráulicos, y a continuación obtuvo un puesto en las obras del canal. Pasados unos años, cuando se demostraron sus conocimientos en la materia, su energía y su laboriosidad, ocupó el alto puesto de ingeniero jefe.

Stas nació, creció y cumplió sus catorce años en Port-Said, cerca del canal, por lo que los ingenieros, amigos de su padre, le llamaban «el niño del desierto». Más tarde, cuando iba ya a la escuela, acompañaba en algunas ocasiones a su padre o al señor Rawlison, durante las vacaciones o en días festivos, en los viajes que éstos tenían que hacer por obligación desde Port-Said hasta Suez, a fin de inspeccionar las obras en el dique o el dragado del fondo del canal. Conocía a todo el mundo, tanto a los ingenieros y a los empleados de la oficina como a los obreros, fueran árabes o negros. Estaba en todas partes, se

metía en todos los rincones, hacía largas excursiones por el dique, salía en la barca por el Menzaleh y se internaba en ocasiones bastante adentro. Pasaba a la orilla árabe y, apoderándose de cualquier caballo o, a falta de éste, de un camello, o incluso de un asno, simulaba ser un jinete árabe en el desierto; en una palabra, como decía el señor Tarkowski, «cotilleaba» en todas partes, y todos los ratos libres de estudio los pasaba cerca del agua.

Su padre no se oponía a ello, sabiendo que el remar, la equitación y la vida al aire libre fortalecían la salud del muchacho y desarrollaban sus habilidades. En efecto, Stas era más alto y más fuerte que otros chicos de su edad, y bastaba mirarle a los ojos para adivinar que, en cualquier caso, si pecaba de algo era de excesivo atrevimiento, pero no de cobardía. A sus catorce años era uno de los mejores nadadores de Port-Said, lo que no significaba poca cosa, porque los árabes y los negros nadan como peces. Ejercitándose en el tiro con rifle de poco calibre — siempre con balas— a los patos salvajes y a los gansos egipcios, consiguió tener la mano firme y el ojo infalible. Soñaba con poder cazar algún día los grandes animales de África Central; ávido, pues, escuchaba lo que contaban que hacían los sudaneses empleados en las obras del canal cuando se encontraban en su país con los grandes depredadores.

Ello le resultaba de gran provecho, porque a la vez aprendía sus idiomas. No bastaba con la construcción del canal de Suez; también era preciso cuidar de su mantenimiento, pues de lo contrario las arenas del desierto, que se expandían a los lados del mismo, lo hubieran cubierto en un año. La gran empresa de Lesseps^[3] exigía continuo trabajo y vigilancia. Por eso aún hoy día trabajan en el dragado de su cauce enormes máquinas y miles de trabajadores bajo la supervisión de ingenieros europeos. En las obras de apertura del canal trabajaron veinticinco mil personas. Hoy, acabada ya la empresa y

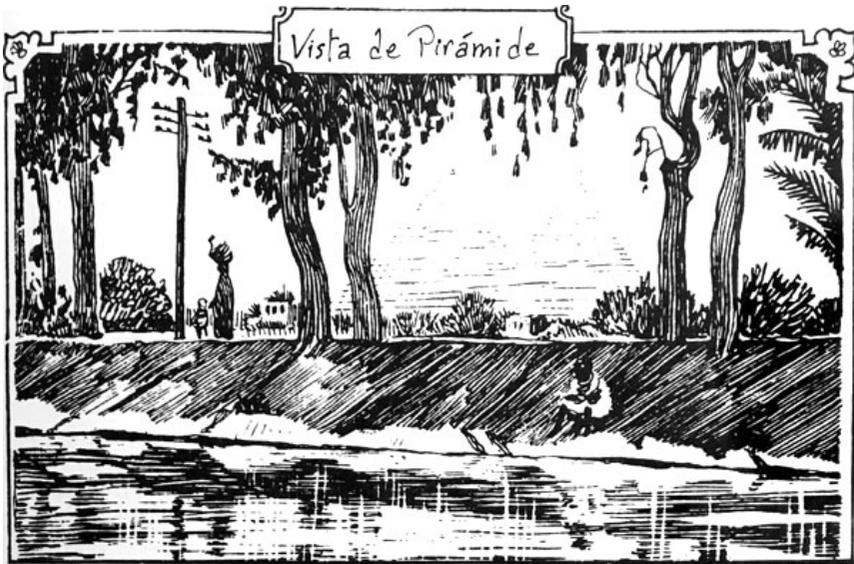
merced a las nuevas y modernas máquinas, se necesitan muchas menos, aunque el número de ellas sigue siendo elevado. La mayor parte es gente nativa, pero los hay también de Nubia, Sudán y Somalia, y algunos negros procedentes de las regiones del Nilo Blanco y Azul; es decir, de las regiones que antes de la insurrección de Mahdi ocupaba el gobierno egipcio. Stas mantenía buenas relaciones con todos, y por tener, como en general tienen los polacos, una extraordinaria facilidad para los idiomas, aprendió, sin saber cómo ni cuándo, muchos de sus dialectos. Nacido en Egipto, hablaba el árabe como un árabe. De los nativos de Zanzíbar, de entre los cuales muchos trabajaban como fogoneros en las máquinas, aprendió el dialecto ki-swahili, muy extendido por toda África Central. Sabía incluso entenderse con los negros de las tribus Dinka y Shilluk, que habitaban las regiones de Fashoda, cerca del Nilo. Además, hablaba perfectamente en inglés, en francés y en polaco, porque su padre, que era un ardiente patriota, se preocupó mucho de que el muchacho conociera la lengua materna. Por supuesto, Stas consideraba esta última como la lengua más hermosa del mundo y se la enseñaba, no sin éxito, a la pequeña Nel. Lo único que no pudo lograr fue que pronunciara bien su nombre, Stas, y no «Stes». Por tal motivo tenían pequeñas discusiones, que duraban hasta que los ojos de la niña se llenaban de lágrimas. Entonces «Stes» le pedía perdón y se enfurecía consigo mismo.

Tenía, empero, la fea costumbre de hablar con desprecio de sus ocho años y compararlos con su edad y su experiencia. Sostenía que un muchacho a punto de cumplir catorce años, si no era todavía un hombre adulto, al menos ya no era un niño y se hallaba en disposición de realizar todo tipo de acciones heroicas, sobre todo si por sus venas corría sangre polaca y francesa. Deseaba ardientemente que se presentara la ocasión propicia para realizar tales hazañas, sobre todo en defensa de Nel. Ambos inventaban

situaciones peligrosas y Stas tenía que contestar a sus preguntas: ¿Qué haría si, por ejemplo, un cocodrilo de diez metros, o un escorpión del tamaño de un perro, se metiera por la ventana de la casa? Ninguno sospechaba que, en breve, una terrible realidad superaría a todas sus fantásticas imaginaciones.

Capítulo II

Mientras, en casa, durante la comida, los aguardaba una buena noticia. Los señores Tarkowski y Rawlison, en su calidad de expertos ingenieros, estaban invitados desde hacía algunas semanas a inspeccionar



las obras de una red de canales en la provincia de El Fayum, en los alrededores de la ciudad de Medinet, cerca del lago Karoun y a lo largo de los ríos Jussef y Nilo. Pensaban permanecer allí cerca de un mes, y para ello obtuvieron los correspondientes permisos de su Compañía. Se acercaban las fiestas de Navidad y no querían dejar a los niños solos; por eso Stas y Nel también iban a viajar a Medinet. Al oír esa noticia, los niños no cupieron en sí de

alegría. Hasta entonces conocían sólo las ciudades situadas a lo largo del canal; es decir, Izmai y Suez; y lejos del mismo, Alejandría y El Cairo, donde visitaron las grandes Pirámides y la Esfinge. Pero aquéllas habían sido excursiones cortas, mientras que la expedición a Medinet-El Fayum exigía todo un día de tren a lo largo del Nilo, hacia el sur, y luego desde El-Wasta al oeste, hacia el desierto de Libia.

Stas conocía Medinet por los relatos de los jóvenes ingenieros y viajeros que iban allí de caza en busca de todo tipo de aves acuáticas, lobos del desierto y hienas. Sabía que era un gran oasis situado en la orilla izquierda del Nilo, pero que no dependía de sus inundaciones, sino que tenía su propio sistema fluvial formado por el lago Karoun, por Bahr-Jussef y por toda la red de pequeños canales. Los que conocían el oasis decían que, aunque esta región pertenecía a Egipto, al estar separada del país por un desierto, formaba un conjunto independiente. Se decía que sólo el río Jussef, con sus aguas azules, unía esta región al valle del Nilo. La gran abundancia de agua, la tierra fértil y la exuberante vegetación, hacían de ella una especie de paraíso terrenal, y las grandes ruinas de la ciudad de Crocodilopolis^[4] atraían allí a centenares de turistas. Pero a Stas lo que más le atraía eran las orillas del lago Karoun, con sus bandadas de aves, y las expediciones que se hacían para cazar lobos en las laderas desérticas de Guebel-el-Sedment.

Pero sus vacaciones empezaban dentro de unos días, y en vista de que la revisión de los trabajos en el canal era un asunto urgente, y de que los padres no podían perder el tiempo, éstos decidieron partir en seguida y que los niños, con la señora Olivier, los siguieran una semana más tarde. Tanto Nel como Stas tenían ganas de marcharse pronto; pero Stas no se atrevía a pedirlo. En cambio, empezaron a hacer preguntas sobre mil cosas referentes al viaje. Y las respuestas que recibieron fueron como ésta: Que no

tendrían que alojarse en los incómodos hoteles regentados por los griegos, sino en tiendas de campaña puestas a su disposición por la Compañía de Viajes Cook, cosa que saludaron con grandes explosiones de alegría. Así suelen instalarse los viajeros que van a Medinet incluso para pasar largas temporadas. La Compañía Cook proporciona tiendas, criados, cocineros, víveres, caballos, asnos, camellos y guías, de modo que el viajero no tenga que preocuparse de nada. Es cierto que este modo de viajar resulta caro; pero los señores Tarkowski y Rawlison no tenían necesidad de preocuparse por ello, puesto que todos los gastos corrían a cuenta del gobierno egipcio, del que eran invitados. Lo que más le gustaba a Nel era montar en camello, y su padre le prometió que tendría uno exclusivamente para ella, en el que podría montar con la señora Olivier o con Dinah, o bien con Stas, y participar en las excursiones al desierto y al Karoun. El señor Tarkowski prometió a Stas que le permitiría ir a cazar lobos una noche, y que si obtenía buenas notas le regalaría un verdadero rifle inglés con todos los útiles indispensables para un cazador. Stas estaba muy seguro de obtener buenas notas y, viéndose ya propietario de un rifle, se prometía a sí mismo realizar las hazañas más sorprendentes e inolvidables.

La comida transcurrió mientras hacían tales proyectos.

Quien menos entusiasmo demostró fue la señora Olivier, que no tenía muchas ganas de abandonar el cómodo chalet de Port-Said, y a la que asustaba la idea de vivir unas semanas bajo una tienda de campaña y, sobre todo, el proyecto de hacer excursiones en camellos. Había intentado ya algunas veces montar en camello, como hacen por curiosidad los europeos residentes en Egipto, y todas las pruebas resultaron ser un fracaso. Una vez, el camello se levantó demasiado pronto, cuando todavía no estaba bien sentada en la montura, y como consecuencia de ello cayó por encima de su lomo al suelo; en otra ocasión, un